



Recuerdo con qué interés leí a mi llegada a Salamanca las novelas de don Miguel de Unamuno.

Anteriormente solo había disfrutado con la obligada lectura del Bachillerato de San Manuel Bueno, mártir. En la plaza de Anaya bajo sus grandes árboles fueron pasando los personajes sorprendentes de La tía Tula, de Niebla (sin duda para mí la obra literaria más importante de la primera mitad del siglo XX), de Abel Sánchez (que me pareció un magnífico retrato del alma de muchas personas miserables). Veía ante mí los recuerdos de su niñez y mocedad, me reí con Amor y pedagogía, y disfruté con sus muy ignorados cuentos para desgracia de los amantes de la literatura. La figura de don Miguel, porque todo el que sabe lo que significa para la cultura española antepone el don a este «salmabaíno» universal, es la de una persona que siempre buscó la verdad de qué es ser hombre ante uno mismo, ante los demás y ante el Creador. Pocos han conseguido una poesía mística tan enriquecida por los Evangelios como este autor sin premio Nobel, que merecería solo por la grandísima correspondencia que mantuvo con cientos de personas de toda Europa. En la genial biografía de Colette y Jean-Claude Rabaté puede apreciarse el valor epistolar del Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca.

En estos días, unos santos locos

RECUERDOS PRESENTES
FERNANDO MARTÍNEZ VALLVEY
PERIODISTA

DON MIGUEL EN EL CINE



han tenido la ocurrencia de llevar un aspecto bien triste de la vida de don Miguel a la gran pantalla: el destierro en Fuerteventura. Cuando los intelectuales incomodan se les aparta con la esperanza de que su voz no resuene y no provoque más ecos y no haga pensar a sus conciudadanos. Unamuno había publicado varios artículos en revistas de otros países que disgustaban al dictador Primo de Rivera y también al pésimo rey que fue Alfonso XIII. La situación en el primer cuarto de siglo XX era de verdadero desastre en muchos sentidos: solo hay que pensar en la vida amoral que en muchos sentidos llevaba el jefe del Estado.

**Cuando los intelectuales
incomodan se les aparta,
como a Unamuno con su
destierro en Canarias**

La idea de realizar una película sobre don Miguel de Unamuno es digna de elogio, debe ser felicitada por todas las personas de bien que deseen la regeneración cultural y moral de España en estos momentos. Por desgracia tenemos muchos ejemplos de corrupción en las instituciones, pero son pocas las voces de intelectuales, grandes como montañas, capaces de hacer mover la conciencia de las personas. ¿Cuántas personas habrán seguido la entrevista televisiva a José Antonio Marina de hace unos días?, me pregunto. No es culpa de los intelectuales, sino de lo adormecidos que estamos, de lo taponados que tenemos los oídos, de considerar que lo nuestro no es una corrupción. Cuando un catedrático decide denegar un sexenio a otro investigador que lo merece porque quizá está vinculado a un grupo de investigación que no le gusta, eso también es corrupción. Cuando una persona del mundo sanitario prolonga gracias a sus conocimientos una supuesta baja

por motivos de salud, eso también es corrupción. Cuando un constructor no emplea los materiales que debiera o no remata bien una obra, eso también es corrupción. Cuando una persona acude a un club de alterne donde sabe que las mujeres están contra su voluntad, eso también es corrupción. Cuando se falsifica la historia para amoldarla a nuestros intereses, eso también es corrupción.

Por eso, en estos días, hay que felicitarse de que haya un proyecto más vinculado a las grandes personalidades que España ha dado, no ya a nuestro país, sino también al mundo entero. Entre ellas está, claro, nuestro eterno Rector. La celebración de los 75 años del fallecimiento de don Miguel pasó sin pena ni gloria por la ciudad del Tormes. Fue una buena idea mal ejecutada, en la que quizá lo más importante fue lo más barato: restituir a don Miguel como concejal del Ayuntamiento, que tan ilegítimamente se le había robado. Un hecho que si no fuera por la cabezonería de uno podría haberse realizado muchos años antes.

Don Miguel en el cine, ¡qué buena idea! Solo me temo que no conseguirá las taquillas millonarias, no ya de Ocho apellidos vascos, sino de la lamentable saga de Torrente. Escuchar a los intelectuales nos cuesta e ignorar los grandes referentes de nuestro pasado nos llevan a nuestro triste presente.